

do lo extrahumano que adopta bajo su tutela. Y es así la literatura, el camino real para la conquista del hombre por el hombre”.

He citado las palabras exactas de Alfonso Reyes sobre la función de la literatura en la sociedad de todos los tiempos, función más necesaria en el nuestro de confuso egoísmo. Es ésta, a mi ver, la aclaración más trascendente de *El deslinde*.

Concha MELÉNDEZ.

Asomante, San Juan, Puerto Rico.

Noviembre de 1945.

RESURRECCIÓN DE IFIGENIA

¡IFIGENIA ha resucitado! — decíamos al concluir el anterior artículo—, en el poema dramático de Alfonso Reyes. No es ya la antigua Ifigenia de Eurípides, que recuerda y añora su pasado y sus frustadas nupcias en la áurea Micenas; no es la que, al llegar su hermano Orestes a Táuride, huye con él y torna a la “patria” —tierra de los padres.

Ahora Ifigenia —sin padre, sin madre, sin genealogía, como el Melquisedec bíblico—, siéntese “suspenda del aire —grito que nadie lanzó”. Pero su trágico y hondo conflicto consiste cabalmente en eso: Ifigenia “reclama su herencia de recuerdos humanos” y se siente “huérfana de pasado” e irremediamente “distinta de las demás criaturas” de su especie; pero cuando Orestes le revela su origen y hace revivir en ella la perdida memoria de la estirpe maldita a que pertenece, entonces ella —horrorizada y asqueada—, retrocede ante la cruel realidad, niégase a huir con su hermano y prefiere permanecer en Táuride ejerciendo su oficio de “carnicera y sacrificadora”, para eludir así —y romper para siempre—, la fatal cadena de crimen y sangre que pesa sobre su raza. Virginal y varonil, Ifigenia se revela contra el Hado implacable: “en ella —escribe Reyes—, rematará el daño de la raza, como una flecha que rebota contra un escudo”.

Y esta nueva Ifigenia será —ya para siempre—, el símbolo de la voluntad diamantina, vencedora de las estrellas.

El poema de Alfonso Reyes divídese en cinco “tiempos”, de los que el propio autor ha hecho cabal exégesis en la *Breve Noticia* que precede a esta segunda edición de *Ifigenia Cruel* (México, 1945) —noticia que anteriormente habíase publicado, en francés, en la *Révue de l'Amérique Latine* (París, febrero de 1926), y que fue presentada como prólogo a una lectura de la obra, con intermedios de quenás bolivianas, en la casa del escritor ecuatoriano Gonzalo Zalumbide, entonces Ministro del Ecuador en Francia (p. 9, nota).

Esa Noticia, así como el *Comentario a la Ifigenia*, que aparece en las páginas finales (79-91) del volumen, parecen de gran importancia para penetrar en las intenciones de Reyes y en la honda significación de su poema, no menos que en su manera de concebir el humanismo y la función del Coro en la tragedia helénica —y en la moderna, para quienes a tanto se atrevan.

No voy, pues, a intentar una exégesis del poema. Me concretaré a señalar solamente algunos de sus mejores aciertos. Dialogando con el Coro de Mujeres de Táuride, que la ven con piedad, pero, a la vez, con cierto "terror religioso", Ifigenia siéntese privada de su "patrimonio de alegría y dolor mortales", y exclama, entre adolorida y soberbia:

Otros se juntan en fáciles corros
apurando mieles del trato:
yo no, que si intento acercarme
huyo de mi misma asustada,
como si otro con mi voz hablara.

Otros prenden labios a labios
y promesas se ofrecen con los ojos,
gozando en conciliarse voluntades:
yo no, que amanezco cada día
al tronco de mi misma asida.

Otros, en figuras de baile
alternan amigos y familias,
contrastando los suyos con los pasos de otros:
y yo no, que caigo cada noche
en mi regazo propio.

(pp. 25-26)

"Mujer más fuerte que todos los guerreros", "vaso precioso de mujer arisca", Ifigenia gózase "en el afán de ahogar a un hombre":

Prefieres la víctima iracunda,
vencida primero y luego abierta,
la exhalación de sus entrañas
para que Artemisa respire.

(p. 26)

Pero, allá en lo más hondo de su ser, queda todavía en sus ve-

nas femeniles "una flúida vida", "algo blando que, a solas, necesita lástimas y piedades": siente, a veces, la necesidad aguda y dolorosa de ternuras y caricias; quisiera, a veces, poder —también ella— cantar, como cantan las mujeres de Táuride, "a fuerza de costumbre", confiadamente, mientras dejan rodar la rueca y evocan sus antiguos recuerdos juveniles. ¡Imposible! No logra Ifigenia adivinar su propio enigma, ni sacudirse la fascinación de la diosa que la ha hecho su sacrificadora.

Y me estremezco al peso de la diosa,
cimbrándome de impulso ajeno;
y, apretando brazos y piernas,
tengo sed de domar algún cuerpo enemigo . . .

Todo ese pasaje (p.p. 27-28) en que Ifigenia describe su lucha con el naufrago que va a ser ofrendado en sacrificio, es de un tal vigor plástico, que me da la impresión de hallarme, no ante un poema hecho de palabras, sino ante un grupo escultórico cincelado en mármol o en granito.

BELLÍSIMO, también, en el tercer "tiempo" del poema, aquel pasaje en que, por boca de Ifigenia y de Orestes, se nos presenta la antítesis entre *Grecia y los Bárbaros*, aunque —como advierte Reyes—, pueda haber en este diálogo cierto grado de "anacronismo, pues no es fácil que en aquellos tiempos heroicos las perspectivas y contrastes históricos se apreciaran tan nítidamente . . ." (p. 11). Pero —sea dicho con paz de los historiadores—, yo pienso que en estas páginas de poesía se nos entrega, condensada y quintaesenciada, más honda e iluminadora verdad que en muchos eruditos volúmenes, sobre la misión civilizadora de Grecia:

"Los pueblos estaban sentados, antes de que echarais a andar".

¿Y cómo omitir —entre las joyas de la *Ifigenia Cruel*—, el magnífico discurso "teogónico" de Orestes, en el "tiempo" final del poema? Bien dice Alfonso Reyes, que ese fragmento "pesado y voluminoso" tiene "magnitud de basamento", y es necesario en la arquitectura de la obra. Escrito en resonantes hexámetros —auténticos hexámetros, como muy pocos han escrito en castellano, si bien

aquí y allá quebrados y desarticulados por "concesión" que el poeta hace "a la veleidad del gusto moderno" (pp. 12-13), ese fragmento deberá figurar desde ahora— debería figurar desde hace veinte años— en toda antología que aspire a dar a nuestra secular tradición humanística, el lugar que en justicia le corresponde dentro del vasto panorama de la literatura mexicana.

Pero mucho me temo que, al llegar aquí salten nuevamente los malquerientes de Reyes, preguntando qué tiene que ver Ifigenia con México y tomando a mal su consagración a los estudios grecolatinos de *La Crítica en la Edad Ateniense* y de *La Antigua Retórica*, en vez de ocuparse —dicen ellos—, en temas nacionales. Respondiendo a tal injusta acusación, escribí recientemente —y perdóneseme la inmodestia de citarme: —Yo pienso que todo el que sepa ver bajo la corteza y tomarle el pulso a México, advertirá en sus venas el latido profundo de la sangre espiritual de la Hélade y de Roma. No me cansaré de repetir que el árbol de nuestra cultura, cuatro veces secular, tiene dos raíces vitales: la indígena y la hispana, y que —al través de la hispana—, sube hasta nosotros la savia siempre joven de la inmortal cultura grecolatina. Lo grecolatino está entrañado en lo más genuino y hondo de México: Homero, Píndaro, Esquilo, Sófocles, Anacreonte, Teócrito, Bión y Mosco, entre los griegos; Horacio, Virgilio, Ovidio, Lucrecio, Cátulo, Tíbulo, Persio, Marcial, entre los latinos —y otros de los grandes poetas clásicos— han hablado en español por boca de mexicanos y se han incorporado —irrevocablemente— a lo más auténtico y entrañable de la cultura mexicana. Quien como Alfonso Reyes, se esfuerza por penetrar en una de nuestras raíces profundas y hace que la vieja savia helénica siga enflorando nuestro "ahuéhuatl" autóctono, lejos de ser un descastado, es un buen hijo de México.

Así lo ha comprendido nuestro Gobierno, y así lo ha proclama-

do el señor Presidente de la República, al otorgar a Alfonso Reyes —por unánime fallo de un Jurado superior a toda sospecha— el Premio Nacional de Literatura. ¡Honor a quien honor merece!

Gabriel MÉNDEZ PLANCARTE.

Novedades, México, 26 de diciembre
de 1945.

PROLOGO

Los cinco tomos de *Simpatías y diferencias* (que reunimos ahora en dos volúmenes de esta colección) pertenecen a lo que el propio Alfonso Reyes llama, en una carta a dos amigos suyos*: "libros de agregación casual, más o menos hábilmente aderezados". Los forman, en efecto, artículos sobre muy diversos asuntos, que, sin embargo, pueden dividirse en dos grandes grupos: el primero, de viajes e historia (reseñas de publicaciones, o comentarios y resúmenes de cursos y conferencias sobre esas materias), y el segundo, de artículos de crítica literaria, principalmente sobre temas españoles e hispanoamericanos. La mayor parte de estos trabajos aparecieron en la prensa española, de 1915 a 1922; los del primer grupo en la página de los jueves de *El Sol*, de Madrid, sobre historia y geografía, que estuvo a cargo de nuestro escritor por esos años.

A fines del 1914 Alfonso Reyes sale de París, en donde había sido secretario de la misión diplomática que presidió don Francisco León de la Barra, y se instala en Madrid. El deseo de seguir respirando el aire de Europa, la caótica situación en que entró nuestro país a la caída de Victoriano Huerta y, acaso, el temor de que pudiera perjudicarle la participación que alguno de sus familiares había tenido en el gobierno derrocado, lo decidieron a no regresar por entonces a México. A su llegada a Madrid anda en los veinticinco años. Había publicado ya un interesante libro de ensayos y crítica literaria: *Cuestiones estéticas* (París, 1911), y llevaba consigo una colección de manuscritos y un invencible empeño de vivir para las letras.

Si nada podía ya entonces torcer su vocación literaria, Madrid la encauzó definitivamente y fue, en aquellos preciosos momentos, la mejor "escuela de la vida" para el escritor que, a pesar de su precocidad, no estaba todavía formado. Aunque el medio literario

* Véase *Simpatías y diferencias*, II, pág. 335.

de Madrid acostumbraba recibir con amabilidad y cortesía a los hispanoamericanos que representaban "oficialmente" al gobierno y a los intelectuales de su respectivo país, nunca fue ni muy fácil ni muy acogedor para los escritores de América que se llegaban por allá a vivir de su pluma. Lo único que podía salvarlos era su propio mérito, que, si existía, el español, noble y justiciero, acababa siempre por reconocerlo. A su mérito, más que al cargo oficial que desempeñaron, debieron Vicente Riva Palacio y Francisco A. de Icaza, Amado Nervo y Luis G. Urbina, Enrique González Martínez y Alfonso Reyes las consideraciones excepcionales de que gozaron en los medios literarios de la Península.

Pero, además de ofrecerle un campo sin igual para el ejercicio de su vocación, se puede decir que España puso a Alfonso Reyes en el camino de la profesión literaria. Hay en el español un afán de comunicación con lo humano y lo divino, que puede explicar lo mismo la colonización de América que el misticismo, los libros de caballerías y la comedia del Siglo de Oro que la oratoria y la zarzuela. Ese espíritu de comunicación da un tono de realismo y de humanidad a toda la literatura española; por ese espíritu no hay *amateur* literario en España que no tenga cierto aire de profesional. En América no nos mueve tanto ese afán de comunicarnos con nuestros semejantes. A ese desinterés de comunicación se deben los rasgos más misteriosos de nuestra psicología y, entre otras muchas cosas, nuestra incapacidad para escribir y representar teatro, el predominio de ciertos géneros literarios personales y la tendencia a la literatura de cenáculo; por ese desinterés no hay en nuestra América profesional de las letras que no tenga cierto aire de *amateur*. Se puede decir que esos años de Madrid fijaron definitivamente en el espíritu de Alfonso Reyes la concepción de la literatura como un oficio, y le enseñaron —más que lo que tiene de ciencia todo lo que debe de tener de conciencia y de paciencia, de noble servidumbre y organizada actividad.

Muchos de los artículos que sobre temas de historia y geografía contienen estos volúmenes son modelos en su género y nos dan

una idea de lo que podrían ser ciertas secciones de la prensa diaria, si no estuviera tan difundido el prejuicio de que todo ha de ser perecedero en el periódico. Además de su valor informativo, es decir, periodístico, hay que admirar en ellos el método de exposición y la gracia y eficacia del estilo con que Alfonso Reyes, por ejemplo, explica el contenido de un libro sobre Rusia o el Japón, o resume un curso sobre el antiguo Egipto o la Francia contemporánea.

En los artículos de crítica literaria se mueve nuestro autor en un terreno que domina con mayor autoridad y elegancia; en ese campo todos le reconocen uno de los primeros lugares en la literatura actual de lengua española. De los lectores que gustan de esos estudios no hay quién no admire el poder de adivinación psicológica con que sabe fijar el perfil espiritual de un escritor y la capacidad de apreciación estética con que analiza y valora su obra. Aquí, en *Simpatías y diferencias*, quedan, sutilmente dibujadas, como en las líneas de un grabado, las figuras de algunos escritores españoles contemporáneos. Pero no hay que engañarse: a pesar de su levedad y finura, esos rasgos son más certeros y elocuentes que los aparatosos trazos de un solemne retrato de ceremonia.

Antonio CASTRO LEAL.

Al frente de A. Reyes, *Simpatías y diferencias*, 2a. ed., México, Colección de Escritores Americanos, Edit. Porrúa, en 2 vols. 1945. Tomo I, págs. VII-XII.

ALFONSO REYES

La formación filológica de este mexicano universal (con tanto derecho como el de Juan Ramón Jiménez a llamarse el andaluz universal) es en gran parte uno de los frutos del Centro de Estudios Históricos, con lo cual recordamos a D. Ramón Menéndez Pidal y al grupo de sus colaboradores.

Erudito, crítico y ensayista, Alfonso Reyes escribe una prosa de cualidades que puntualizaré en seguida. Ha sido diplomático y profesor. Y Pedro Henríquez Ureña lo diputa poeta con preeminencia sobre los demás títulos. No sé si sostiene hoy el mismo criterio D. Pedro. Su juicio data de 1927. Lo cierto es que ni ha sido la poesía la principal labor de Reyes ni se lo representan principalmente como poeta los lectores y estudiosos de más de veinte países. Figuran poemas suyos en muy responsables antologías. Sus versos, en conjunto, son de fina elaboración. No me toca apreciarlos aquí. Pero reitero que Reyes debe su renombre, mucho más, a sus trabajos en prosa. Varios libros recientes sirven para corroborarlo.

Como persona interesa mucho. Es contenido, cualidad muy mexicana. Pero él la concilia bien con un sesgo efusivo que es rarísimo en Pedro Henríquez Ureña, para volver a su grande amigo. Le chispean locuaces los ojillos, llenos de concesión mundana a tantas cosas . . . Con gesto y ademanes sobrios, su trato es cálido, su conversación, penetrada de simpático énfasis. Muy expresivo el hombre sin descomponer las formas moderadas, o sea sin el vicio (¿latino?) del desahogo que se vale de todo el cuerpo.

Ha viajado mucho. Ha visto países y gentes disímiles. Habla varios idiomas. Sabe disertar en ellos y tomarles la peculiar modalidad comunicativa. Se le injertan felizmente las lenguas porque él, sin jactarse de *rhetor* al modo clásico, consigue de la palabra inusitado rendimiento.